



**Marcelo CAMPAGNO, Julián GALLEGO, Carlos GARCÍA MAC GAW y Richard J. PAYNE (comps.), *Desigualdades antiguas: economía, cultura y sociedad en el Oriente Medio y el Mediterráneo*. PEFSCOA, Buenos Aires, Miño y Dávila Editores, 2023, 433 pp.**

*Aldana de la Vega\**

Fecha de recepción: 04-01-2025  
Fecha de aceptación: 18-01-2025

El libro *Desigualdades antiguas. Economía, cultura y sociedad en el Oriente Medio y el Mediterráneo* es el vigésimo octavo volumen de la colección publicada por el Programa de Estudios sobre las Formas de Sociedad y las Configuraciones Estatales de la Antigüedad (PEFSCEA). Bajo la edición de Marcelo Campagno, Julián Gallego, Carlos García Mac Gaw y Richard Payne, este trabajo reúne los debates desarrollados en el VII Coloquio Internacional del PEFSCOA, celebrado entre el 27 y el 29 de marzo de 2019 en Buenos Aires (Argentina).

El coloquio reunió a reconocidos especialistas de universidades tanto nacionales como extranjeras. Su eje central fue la reconsideración de la desigualdad en el mundo antiguo, abordando las interacciones entre el poder económico y las identidades políticas y culturales. Aunque estas temáticas han sido ampliamente estudiadas, sus organizadores señalan que aún existen vacíos analíticos heredados de las tradiciones marxistas y weberianas. Por ello, la propuesta para los investigadores se centró en examinar las bases económicas del dominio de las élites y el papel de las identidades culturales en la configuración de las fronteras sociales en distintas sociedades antiguas.

La obra se encuentra organizada en cuatro partes. La primera sección agrupa un conjunto de trabajos centrados en la formación de las élites, sus estrategias de dominación y las representaciones simbólicas que las legitiman. En el primer capítulo, Marcelo Campagno analiza la consolidación de un grupo restringido de individuos en torno al rey en el Antiguo Egipto. Según el autor, esta élite dominante procede del efecto constituyente de tres lógicas políticas coexistentes desde la primera mitad del IV milenio a.C. Por una parte, la lógica estatal de carácter expansivo permitió la integración de espacios sociopolíticos más amplios en beneficio de la unidad estatal. Por otro lado, las lógicas de parentesco y patronazgo

---

\* Instituto de Estudios Históricos (IEH). Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET).  
E-mail: [delavegaaldana@gmail.com](mailto:delavegaaldana@gmail.com)

contribuyeron a cohesionar los grupos dominantes. En definitiva, para Campagno, lo más importante para comprender la consolidación de esta élite no radica en cada una de estas lógicas por separado, sino en sus interacciones a lo largo del tiempo.

Como contrapunto, la contribución de Diego Paiaro y Mariano Requena explora la incapacidad de la élite ateniense de establecer una relación de dominación constante. En su opinión, si bien resulta innegable la existencia de un sector económicamente privilegiado, la *demokratia* produjo un *impasse* sobre la capacidad de las élites de instaurar estructuras jurídicas y políticas estables. A pesar de su origen aristocrático, los dirigentes políticos debían responder al *demos*. En este marco, los autores argumentan que el grupo de ciudadanos funcionaba como una “comunidad indivisa” en donde predomina un principio igualitario que, más allá de las diferencias sociales, operaba como un mecanismo para mantener la cohesión.

En el trabajo siguiente, Claudia Beltrão analiza cómo se construyen desigualdades intelectuales a partir del modelo de noble sabio propuesto por Cicerón. Este ideal integra la búsqueda del conocimiento y la verdad con un firme compromiso político en favor del conservadurismo. Su propósito es diferenciarse de dos grandes colectivos que Cicerón considera inferiores: el *vulgus imperitorum* y los círculos “hedonistas” seguidores de Epicuro, a quienes acusa de carecer de rigor teórico y de representar un peligro para la juventud de la élite romana. En síntesis, para Beltrão, Cicerón concibe el pensamiento crítico como un privilegio reservado para pocos y creado por un grupo selecto.

En el último capítulo de esta sección, John Weisweiler estudia cómo la élite gobernante romana evolucionó desde una asamblea de terratenientes itálicos hasta convertirse en un grupo con representación multirregional. Aunque la presencia de provinciales en el Senado se interpreta como un signo de integración de las poblaciones subordinadas, el autor argumenta que la institución no era inclusiva. La mayoría de los senadores no italianos procedían únicamente de cuatro provincias, cuyas élites, vinculadas con Italia desde el siglo II a.C., acumularon grandes fortunas mediante la explotación de recursos, la inversión agrícola y el uso privilegiado de las redes de suministro estatal. El aumento en el número de senadores provinciales no implicó una mayor participación de los pueblos conquistados, sino nuevas oportunidades de enriquecimiento derivadas del imperialismo romano.

La segunda sección del libro agrupa una serie de estudios que exploran diversas formas de dependencia, con un énfasis particular en la esclavitud. Andrea Seri examina las distinciones reflejadas en las colecciones de leyes y litigios de la Mesopotamia del II milenio a.C. Su análisis revela diferencias sociales, económicas y de género, aunque no menciona distinciones basadas en grupos étnicos. La relación entre estatus legal y posición socioeconómica no es del todo clara, aunque dentro de cada categoría existían disparidades económicas. Además, ciertos mecanismos permitían la movilidad social, como las uniones entre esclavas y sus amos, cuyos hijos nacían libres y podían heredar. Las decisiones judiciales se basaban en el estatus del infractor y la naturaleza de la falta, lo que generaba sanciones diferenciadas por un mismo

delito. Para la autora, aunque aún quedan interrogantes, las colecciones legales evidencian que la justicia en Mesopotamia estaba profundamente vinculada a la desigualdad.

Por su parte, Carlos García Mac Gaw cuestiona la centralidad de la villa esclavista en la economía romana. Destaca, en cambio, la persistencia de unidades domésticas campesinas dedicadas a la producción de vino y ánforas, utilizando para ello mano de obra esclava. Además, el autor señala que la demanda de esclavos aumentó tanto por su empleo en los hogares aristocráticos como por el crecimiento urbano. En este escenario, coexistieron grandes propiedades y villas en las que se hallaban trabajadores tanto libres como esclavos. La expansión de las ciudades favoreció la difusión del modelo romano, basado más en la circulación de rentas y tributos que en la acumulación de capital.

Los trabajos de Nicole Julia Giannella y Damián Fernández exploran, por su parte, las jerarquías dentro de los sistemas esclavistas romano y visigodo, mostrando cómo el estatus legal de los esclavos no era homogéneo, sino que dependía de factores sociales, económicos y jurídicos. Giannella analiza cómo, en Roma, la reputación de un esclavo estaba ligada a su posición en la casa del amo, lo cual influía en la valoración legal de los ultrajes sufridos. Por su parte, Fernández examina la Hispania visigoda, donde la ley distinguía a ciertos esclavos idóneos por su reputación, sin considerar su ocupación, permitiéndoles en algunos casos una equiparación con los libres. Si bien en ambos contextos la jerarquización se enraizaba en dinámicas sociales y económicas, en el mundo visigodo estas diferencias se institucionalizaron en el ámbito judicial. Así, ambos estudios evidencian cómo las normas no solo reflejaban la estructura social, sino que también la configuraban y reforzaban mediante criterios específicos de diferenciación dentro del estatus servil.

Los capítulos de la sección siguiente desplazan su centro de atención hacia la exploración de distintos modelos de análisis para el mundo antiguo. Juan Manuel Tebes estudia el desarrollo de Negev, el de sur Transjordania y el desierto árabe en el primer milenio a.C., señalando que, pese a sus diferencias, formaban una provincia económica y culturalmente integrada. La complejidad social de la región creció por las incursiones mesopotámicas y la demanda comercial del Creciente Fértil, aunque el proceso de urbanización en las ciudades-oasis del norte de Arabia fue lento. Además, Tebes advierte que las fuentes mesopotámicas suelen interpretar la sumisión de jefes tribales árabes como reconocimiento imperial, reflejando así una visión sesgada del poder en la región.

En el siguiente capítulo, Carolina López-Ruiz compara las reacciones ante el encuentro con la cultura próximo oriental entre diferentes grupos, desde Iberia hasta Cerdeña, el Egeo y África del Norte. La autora sostiene que para entender este fenómeno es esencial considerar las trayectorias e idiosincrasias locales. El orientalismo se produjo cuando las prioridades económicas de los colonos levantinos coincidieron con el potencial económico de sociedades organizadas, cuyas élites adoptaron esta corriente cultural para promover su prestigio. López-Ruiz argumenta que esta dinámica pudo configurar los movimientos colonizadores de la

época, al tiempo que nos permite comprender las interacciones mediterráneas previas al auge de Roma y Cartago.

A continuación, Julián Gallego analiza el modelo de la hacienda hoplítica en el contexto del avance imperial ateniense. El autor explica que el crecimiento demográfico sostenido del siglo V a.C. estuvo acompañado por el aumento de hoplitas, logrado mediante la distribución de tierras en áreas bajo dominio ateniense. Esta práctica benefició principalmente a la clase de los *thêtes*, quienes, alentados por sus restringidas posibilidades económicas, se convirtieron en *zeugítai*. Si bien este reparto de riqueza estuvo habilitado por las formas de igualación de la democracia ateniense, también generó disparidades entre las poblaciones sometidas, a quienes Atenas impuso cargas económicas, políticas y culturales.

La contribución de Alain Bresson aborda los mecanismos de explotación privada de las poblaciones sometidas por la élite romana a finales de la república e inicios del principado. A partir de dos casos de estudio, el autor indaga en la operatoria de un modelo de explotación que gozó de dos caras. La primera consiste en una explotación colectiva mediante impuestos, tributos y contribuciones que beneficiaron a Roma como colectividad. La segunda es una explotación privada ejercida por miembros de la élite romana que aprovecharon su posición en el aparato estatal para enriquecerse a través de la adquisición de propiedades, el cobro excesivo de impuestos y exenciones fiscales. Estos privilegios le permitieron a la élite distorsionar las reglas del mercado en su propio beneficio, delineando lo que el autor concibe como una “economía mafiosa”, aunque directamente vinculada al proceso de producción y al mercado.

En el último trabajo de esta sección, Walter Scheidel nos ofrece un conjunto de reflexiones en torno al potencial de los modelos sociológicos para el estudio de la desigualdad en las sociedades antiguas. Scheidel sostiene que la rama más importante de la sociología actual para pensar este campo es la “teoría de la construcción del estatus”. La revisión de esta categoría se vuelve fundamental, dado que el estatus no solo estabiliza otras asimetrías, sino que en ciertos casos puede ser una fuente autónoma de desigualdad material. La propuesta de Scheidel busca motivar investigaciones futuras sobre la clasificación de grupos a partir de distinciones de estatus. Sin embargo, mantiene una postura pesimista respecto a la aplicabilidad de los enfoques sociológicos, señalando que, en este momento, solo es posible realizar conjeturas.

La cuarta y última sección del libro aglutina trabajos enfocados en las dinámicas de poder y los conflictos derivados del acceso, asignación y control de recursos alimenticios. En una primera contribución, Rhyne King examina cómo, durante la expansión del Reino Aqueménida, surgieron nuevas categorías de subalternos. A partir del Archivo de la Fortificación de Persépolis, King muestra cómo la administración imperial empleaba sistemas duales para etiquetar y distribuir alimentos, diferenciando a los trabajadores según su estatus social. Aquellos considerados subordinados recibían menores raciones, lo que afectaba su complejión física, reforzando su posición de inferioridad dentro de la sociedad.

Así, en Persépolis, los mecanismos de clasificación y aprovisionamiento no solo reflejaban las jerarquías sociales, sino que también contribuían a perpetuarlas.

En el siguiente capítulo, Mariano Splendido analiza la exaltación de los discursos de unidad y de comunismo de bienes en la comunidad originaria de creyentes de Jesús radicada en Jerusalén. Para Splendido, la narrativa propuesta en los *Hechos de los Apóstoles* sobre una economía basada en la armonía y la equidad comunitaria, responde al interés de la primera iglesia de fortalecer el liderazgo apostólico y criticar la gestión de recursos por parte de jerarcas que solo persiguen su beneficio personal. En este contexto, *Hechos* presenta a los apóstoles, en especial a Pedro, como garantes de la integridad espiritual y económica del grupo.

El trabajo de Julio Cesar Magalhães de Oliveira indaga cómo los motines del hambre en la Antioquía del siglo IV surgieron de una percepción de injusticia, basada en el rechazo a que los ricos se aprovecharan de un mercado bajo tensión. De acuerdo con lo postulado por Charles Tilly,<sup>1</sup> el autor sostiene que en la Antioquía del siglo IV la desigualdad se convirtió en un eje de lucha política entre el *demos* y las élites locales, que fue impulsada por cambios en la capacidad colectiva de ciertos sectores subordinados para "resistir al control" de los poderosos.

Finalmente, el último capítulo, escrito por Marcelo Cândido da Silva, analiza la relación entre el hambre y los precios de los alimentos en la era carolingia. A partir del estudio de fuentes de la Alta Edad Media, el autor establece un vínculo estrecho entre el aumento de precios y la hambruna, sugiriendo que la especulación económica desempeñó un papel clave en la intensificación de las crisis alimentarias. Aunque no es posible cuantificar con exactitud la proporción de alimentos sometidos a las dinámicas del mercado, sí se puede afirmar que su impacto no fue marginal. Para el autor, la ausencia de datos estadísticos no implica la inexistencia de cálculos económicos, sino que revela una fuerte conexión entre moral y racionalidad económica, donde la idea de justicia se articulaba con la necesidad de expresar cuantitativamente la equidad.

Para concluir, el libro en cuestión ofrece una síntesis de las principales líneas de investigación sobre la desigualdad en la historia antigua. A lo largo del volumen, las contribuciones presentadas dialogan entre sí dentro de un marco extenso que abarca tanto el Mediterráneo como el Medio Oriente, desde la Edad del Bronce hasta la Antigüedad Tardía. En cada uno de los trabajos, las articulaciones entre el poder económico y las identidades políticas y culturales se conjugan en múltiples formas de construir enfoques y metodologías. Esta pluralidad académica, junto con un enfoque a largo plazo, permite subrayar que las desigualdades nunca fueron naturales ni mucho menos estáticas. La variedad de fuentes empleadas en cada estudio aporta valiosas reflexiones sobre la singularidad de la evidencia disponible y ofrece miradas múltiples de la desigualdad tanto de las élites como desde

---

<sup>1</sup> Charles TILLY, *Durable Inequality*, Berkeley, University of California Press, 1998.

los sectores subalternos. En resumen, *Desigualdades Antiguas* es una obra que amplía la comprensión del tema para los especialistas y ofrece a los lectores noveles una actualizada hoja de ruta bibliográfica. Sin lugar a duda, los aportes del libro son más de los que se señalan aquí. Sin embargo, uno de sus méritos más importantes es su invitación a los historiadores de la Antigüedad a intervenir en los debates actuales de las ciencias sociales. En un mundo donde los efectos de la concentración de la riqueza son cada vez más evidentes, comprender cómo se configuraron las desigualdades a lo largo del tiempo se convierte en una tarea esencial.